CORSARIOS DE LA DRAGÓN DE HIERRO

C. L. WERNER

timunmas

WARHAMMER AGE OF SIGMAR

CORSARIOS DE LA DRAGÓN DE HIERRO

C. L. WERNER

timunmas

Título original: *Overlords of the Iron Dragon*
Traducción: Simon Saito Navarro

Ilustración de cubierta: Johan Grenier

Primera edición: octubre de 2018

Overlords of the Iron Dragon, *Corsarios de la Dragón de Hierro*, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals, y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2017 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited, 2017.

© De la traducción Games Workshop Limited. 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0563-7
Preimpresión: Ediciones del Simio
Depósito legal: B. 13.473-2018

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CAPÍTULO UNO

Las facciones del hechicero se dilataron para componer una expresión lasciva que dejó a la vista los ennegrecidos raigones ocultos bajo sus labios. Su rostro, con los ojos saltones sobresaliendo de los hinchados pliegues de piel, tenía algo de batracio. A diferencia de la carne que lo rodeaba, en los ojos de sapo de Khoram no había ni rastro de indulgencia, solo una voracidad rapaz mientras miraban tanto hacia fuera como hacia dentro.

Perspectivas y posibilidades, los giros del destino y de la fortuna, las sombras de futuros aún inexistentes, escenas de victorias gloriosas y visiones de catástrofes devastadoras… Todo ello crecía y menguaba como la arena de un reloj. El vaivén de las profecías era incesante e implacable. Los débiles de mente eran consumidos por las ordalías de la perspicacia adivinadora de la marea de augurios y presagios, enloquecidos por su incapacidad para confinar tanto conocimiento en percepciones puramente mundanas. Los débiles de espíritu se pierden en la cósmica vastedad del infinito, con sus carne y alma olvidadas mientras se rinden a la enormidad ciclópea donde pasado y futuro se funden en un solo instante que desafía el concepto mortal del tiempo. La humanidad había sido el primero y el último de los sacrificios que Khoram había consagrado a sus negras artes.

El hechicero era un hombre alto, con el cuerpo desfigurado por las múltiples bendiciones con las que lo había honrado su espantoso dios. Hinchado por las mutaciones, la túnica y la armadura se plegaban toscamente en torno a su mole. En un lado del cuello le sobresalía un repugnante bulto con plumas que le inclinaba la cabeza sobre el hombro del otro lado. Una mano, la menos deformada de sus extremidades, sujetaba un largo báculo. La otra, que terminaba en unos larguísimos dedos sin hueso, hizo unas señas a la esfera de vidrio del tamaño de un puño que flotaba en torno a su cabeza. La esfera, en respuesta a sus gestos, se detuvo suspendida justo delante de sus ojos.

El viento onduló la túnica del hechicero y agitó las plumas del bulto que le crecía en el cuello. La bestia sobre la que estaba de pie se estremeció y se movió ligeramente para estabilizarse mientras se deslizaba por el tenebroso cielo, muy por encima de las inhóspitas colinas de Baldío Sombrío. Las botas del hechicero estaban asidas por unos tentáculos peludos que salían del lomo de la criatura, fusionados con la sustancia de la que estaba hecha. El demonio aplanado como un rayo ya no podía separarse del ser que llevaba encima por la misma razón por la que no podía despojarse de sus propios órganos. Khoram había subsumido su forma material y ahora existía como una extensión del propio hechicero. Hasta que Khoram ya no lo necesitara y su cuerpo se evaporara, la criatura tendría que llevarlo a través de los cielos de Chamon. Siempre habría otro demonio preparado para entrar en los Reinos Mortales y sustituirlo cuando lo necesitara.

Los dedos con forma de gusano de Khoram se plegaron alrededor de la bola de adivinación y su piel azul cobalto despidió unas finas volutas de vapor al entrar en contacto con la superficie de cristal. Ni siquiera la carne transformada por las bendiciones del poderoso Tzeentch eran inmunes al contacto corrosivo de la suspensión del tiempo.

—Grande es tu poder, Oh, Esfera de Zobras —declaró Khoram con los dientes apretados—. Eres la materialización de la profecía. La predicción hecha objeto. —Notó que se atenuaba el calor que sentía en los dedos y pensó entonces en el extraordinario vidente que había creado la esfera—. Zobras sacrificó muchas cosas para conseguirte —continuó, dirigiéndose a la reliquia—. En el apogeo de su poder ordenó a demonios que te forjaran con la esencia del tiempo y del sueño. Eres la culminación de su magia.

Los halagos le dejaron un regusto amargo en la boca. La esfera se había unido a su alma y orbitaba alrededor de él como una estrella cautiva

gracias a arduos ritos y obscenos rituales. Sin embargo, no bastaba con controlar la bola. Zobras no había hecho caso de la voluntad de la reliquia que había creado y al final esta lo había traicionado cuando los ejércitos del Caos asolaron su teocracia. La perdición del profeta era una advertencia para recordarle que debía comportarse con humildad ante los Dioses Oscuros.

—Revélame la senda de lo que está por ocurrir —exigió Khoram a la facetada esfera.

La miró detenidamente, escrutando sus miles de caras; cada una de ellas mostraba su propia historia, su propia interpretación de cómo se desarrollaría el futuro. Habría sido un esfuerzo vano intentar concentrarse en todas ellas, un esfuerzo que habría llevado a la locura a magos inferiores. No obstante, Khoram había recibido de su dios una bendición que lo diferenciaba del resto.

—¡Allí! ¡Allí! —Las palabras surgieron del bulto en el cuello de Khoram. Un rostro minúsculo asomaba de entre las plumas, con un racimo de ojos negros fijos en las caras de la esfera—. ¡Allí! —repitió el homúnculo.

Khoram desvió la atención de las imágenes que había descartado su demonio parásito, de quien dependía para que lo guiara hasta las visiones más propicias. Experto en mentiras, el tretchlet era infalible a la hora de reconocer la verdad para su maestro.

Los ojos del hechicero brillaron cuando la criatura le pidió que prestara atención a la imagen que mostraba una de las caras de la esfera. En cuanto sus ojos se posaron en ella y su cerebro procesó la escena, los lados de la bola que la rodeaban cambiaron y exhibieron una nueva serie de futuros posibles que derivaban de la predicción inicial. Khoram volvió a sentir que el tretchlet lo guiaba hasta la más verdadera de las profecías. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y arrancó la mirada de la esfera, pues no era inteligente ver lo que iba a suceder muy adelante en el tiempo; de ahí partía la senda de la obsesión por el infinito que culminaba en la locura.

Khoram retiró los ojos de la esfera y echó un vistazo al cielo cubierto de nubes. Feas nieblas de relumbrante color ámbar se precipitaban en cascada por la atmósfera, arrojadas por los bosques de spytepine que infestaban las colinas de abajo. Enjambres de minúsculos mosquitos acudían zumbando al ámbar y engullían con voracidad las resplandecientes motas de savia endurecida. Los que se atiborraban más de la cuenta caían

por exceso de peso y se estrellaban contra las laderas, donde fertilizarían los árboles que habían provocado su caída. El constante proceso del cambio en acción, del benefactor al explotador, del depredador a la presa. El papel interpretado durante un instante solo era una máscara que podía ser arrancada en cualquier momento, ya fuera por conveniencia o por simple capricho del destino.

La mano izquierda de Khoram apretó el verticilado báculo rúnico que sujetaba; echó un vistazo abajo, al demonio sobre el que estaba de pie, y hundió el extremo con pinchos del bastón en uno de los surcos lleno de cicatrices que rodeaban la parte delantera de la criatura. El demonio con forma de disco gruñó con irritación cuando sintió el pinchazo de la aguijada y unos tentáculos finos y sinuosos intentaron llegar arriba desde la parte inferior de su cuerpo, pero se quedaron a mitad de camino del mortal que estaba subido en él. La criatura soltó otro gruñido y las vibraciones de su estremecimiento de irritación agitaron los pies de Khoram. El demonio circular remontó el vuelo para dirigirse hacia donde le ordenaba su amo.

El fragor de batalla resonaba en los oídos del hechicero. La lucha retumbaba en los cielos debajo de él. Salvajes guerreros vestidos con faldas de tartán del color del zafiro y de la malaquita hendían el aire sobre monturas de guerra demoníacas similares a la de Khoram. Las estelas de humo y llamas de unos carros brutales tirados por demonios aún más grandes estriaban el cielo. Unos semihombres se deslizaban por encima de la refriega subidos a estridentes monturas demoníacas, disparando flechas de hueso con arcos fabricados con tendones de gargants.

La hueste de hombres y monstruos giraba alrededor de un puñado de vehículos fantásticos. Enormes naves sobrevolaban Baldío Sombrío sostenidas por unas cúpulas metálicas suspendidas sobre sus cubiertas, con las baterías de artillería dispuestas desde la proa hasta la popa apuntando hacia sus atacantes. Unos rayos de luz dorada salían disparados hacia los guerreros enmascarados y se materializaban en balas justo antes de perforar los cuerpos de los objetivos. Unas lanzadoras cilíndricas instaladas en las cubiertas arrojaban arpones que ensartaban aullantes hombres bestia, que quedaban colgando contra la quilla hasta que los tripulantes recogían las cadenas enganchadas al proyectil.

Desde las cubiertas, desde unas cestas acorazadas sujetas a las cúpulas y los propios cascos de las naves, las tripulaciones de las naves voladoras dirigían la inapelable defensa. Las pistolas disparaban a bocajarro a

los atacantes, y otras armas de fuego más grandes y con el cañón chato arrojaban descargas que hacían trizas las alas de los hombres bestia y carbonizaban la piel de los demonios. Hachas y picas hendían con efectos letales los rostros picudos de los monstruosos seres, o los derribaban de las criaturas que montaban y los guerreros se precipitaban hacia el suelo de abajo.

—Qué poco preparados están nuestros enemigos para la tormenta —reflexionó en voz alta Khoram. El tretchlet expresó su conformidad con una risita. Las tripulaciones de las naves voladoras eran lo opuesto a sus despiadados oponentes. Eran unos seres de menor estatura y más fornidos, de constitución ancha y gesto imperturbable. La mayoría de ellos llevaban puesta una recia armadura de placas metálicas, las cabezas encasquetadas en unos yelmos con máscaras brillantes y exhibían barbas doradas—. Carecen de la elegancia y la agilidad de los nacidos en los cielos. Son unos brutos de roca y piedra que pretenden conquistar la tempestad con inventos infantiles. —El hechicero negó con la cabeza—. Los duardin son una raza de entrometidos. Cualesquiera que se sean las peculiaridades de su credo, deshacerse de ellos siempre exige un enorme esfuerzo, mucho mayor del que muchos están dispuestos a hacer.

Khoram volvió a mirar la esfera mientras pensaba eso, y sus minúsculas caras brillaron y mostraron una nueva serie de imágenes. En todos los lados aparecía el mismo guerrero del Caos subido en un disco demoníaco; tenía un aspecto espantoso, con la recargada armadura todavía goteando la sangre de los sacrificios con la que se había ungido antes de la batalla. Unos dedos untados de cera le rodeaban el gorjal como si fueran unas repugnantes velas, y su yelmo cornudo, velado por el humo que ascendía de los dedos encerados, era una mancha borrosa cuya forma apenas se distinguía debido al movimiento. Solo los nueve ojos que miraban a través del caos de viseras repartidas por toda la cara del yelmo, y que brillaban como ascuas detrás de la cortina de humo, se veían con cierta claridad.

—Tamuzz está especialmente iracundo —dijo Khoram a su homúnculo.

Un duardin en armadura hundió la pica en el corcel demoníaco del señor de la guerra y le desgarró la piel moteada en una maniobra para proteger la proa de una nave. Tamuzz hundió la atroz hoja encantada de la guja que blandía en la cabeza del duardin y le atravesó el yelmo de hierro y el cráneo sin aflojar hasta que llegó al paladar de su víctima.

—Le ha puesto de mal humor perder tantos seguidores en esta batalla —afirmó Khoram—. A pesar de todas las bendiciones que ha recibido del poderoso Tzeentch, Tamuzz aún entiende el poder en los trasnochados términos de dominio mortal y sometimiento.

Las imágenes de la esfera mostraron a Tamuzz extrayendo la hoja de la guja y arrojando el cuerpo destrozado del duardin por la borda de la nave. El señor de la guerra buscó otro rival, pero entonces Khoram envió un tentáculo de magia a través de la órbita para que se introdujera en la mente de Tamuzz.

—Ven a mí —masculló el hechicero. Su homúnculo repitió sus palabras con una risa zalamera—. Ven a mí. —Khoram se aseguró de dar un tono más sugestivo que impositivo a su orden. Un contacto demasiado directo habría puesto en alerta a Tamuzz, y Khoram sabía por propia experiencia que la voluntad del señor de la guerra aún era lo suficientemente fuerte para retar a su magia si se daba cuenta de que estaba intentando influir en él—. Ya he metido la idea en su cabeza. Cuando piense que se le ha ocurrido a él, hará casi todo lo que yo quiera —presumió el hechicero con su tretchlet. El parásito demoníaco soltó un gañido para recordarle a su amo que su vanidad no era del todo sincera.

El tenebroso espectro del señor de la guerra acudió raudo desde la batalla subido al demonio, de cuya herida escapaba un fino reguero de icor que dejaba una grasienta estela en el cielo.

—¡Mis esclavos están muriendo, maldito! —exclamó Tamuzz según llegaba a Khoram.

—El poderoso Tzeentch exige una retribución —repuso Khoram—. El Que Cambia las Cosas no es partidario de los esclavos…

Tamuzz sacudió la enorme guja que blandía y la hoja destelló con las energías arcanas que contenía.

—Ahórrame tu filosofía. Me prometiste las naves voladoras. ¡Derríbalas!

Khoram ladeó la cabeza y echó un vistazo a la batalla por encima del hombro del señor de la guerra. Vio a uno de los adeptos de Tamuzz caer de su montura demoníaca tras recibir un disparo a quemarropa de un duardin.

—Y caerán —dijo el hechicero—. Pero lo harán cuando su destrucción favorezca la consecución de un objetivo mayor. Un objetivo por el que ambos luchamos.

El destello de energía arcana que recorría la guja del señor de la guerra se extinguió. Los refulgentes ojos de Tamuzz perdieron su brillo y casi dio la impresión de que el humo que los envolvía se aferraba a ellos.

—No he olvidado —aseveró el señor de la guerra.

—En ese caso, hagamos lo que ha de hacerse —repuso Khoram. Hizo un gesto con la mano de dedos serpenteantes hacia el horizonte—. Hay que alejarlos más de Baldío Sombrío. Hasta el siguiente valle. Allí es donde los aguarda su perdición. —Señaló con la cabeza la esfera que giraba en torno a él—. Así lo dice la profecía que guía nuestros actos.

—¡Perderé más guerreros! —protestó Tamuzz en un tono que insinuaba el regreso de su irritación anterior.

—Y conseguirás más, glorioso Tamuzz —insistió Khoram—. Con mi mediación, tendrás un sitio en la mano derecha del poder.

Grokmund Wodinssin observaba desde el centro de la nave la carnicería que estaba produciéndose a su alrededor. Relámpagos parecían recorrer las fundas de oro de sus dientes; una sensación que siempre había presagiado un desastre. La última vez que había sentido el cosquilleo en la dentadura fue cuando Lodrik Kodraksimm lo había retado a una competición de beber, lo que le supuso perder su parte de ganancias de un viaje muy lucrativo.

La sensación que tenía ahora era mucho peor, hasta el punto de que sospechaba que si frotaba los dientes saltarían chispas. ¿Sería porque se encontraba en una situación muy peligrosa o porque esta vez tenía mucho más que perder? Echó un vistazo a la cubierta bajo sus pies y visualizó la caja cerrada con llave en su camarote. Las pruebas de aeterquímico que había realizado no dejaba lugar a dudas de que este hallazgo marcaría el destino de todos ellos; centuplicaría la riqueza de Barak-Uzbar. Si no se equivocaba, esta empresa les reportaría algo más que riquezas: también fama y gloria. El duardin más poderoso del reino celeste los miraría con respeto.

Se agachó para esquivar a un adepto que pasó volando a ras de la cubierta de la *Rompetormentas* sobre su montura demoníaca. Según pasaba, el fornido humano se preparó para asestar un golpe al aeterquímico con su pesada maza. El arma hizo saltar chispas del yelmo del duardin, pero no logró causar un daño mayor. Cuando el guerrero ya se alejaba, recibió en la espalda un disparo del rifle de un atronador Grundstok. El adepto se derrumbó sobre el demonio con forma de disco, que se lo llevó volando.

Grokmund se levantó lentamente, con el cuerpo tembloroso por lo cerca que había visto la muerte. Las bestias mutantes pasaban como rayos

alrededor de las naves de la flota del almirante Thorki como crías de megalofinos en clase de acrobacia. Los Kharadron se defendían disparando una andanada tras otra contra los jinetes; abatían a unos cuantos, pero quedaban demasiados para insistir en el ataque. Los atacantes, que aparecían desde debajo de los cascos de las fragatas y de las cañoneras o se lanzaban en picado para cortar las grandes endrinas que mantenían en el aire las naves, estaban causando estragos lenta pero inexorablemente en los Kharadron. Aparejadores celestes sin vida se alejaban a la deriva de la flota, sostenidos en el aire por las pequeñas aeterendrinas que llevaban acopladas a la espalda, hasta que se les agotara el combustible y se precipitaran a la superficie. Algunos guardianes celestes que estaban unidos mediante cabos a las fragatas colgaban ahora a ambos lados las naves, con las aeterendrinas dañadas, golpeándose repetidamente contra los cascos de placas de hierro.

—Así perderás la cabeza —le reprendió el almirante Thorki a Grokmund mientras lo ayudaba a ponerse de pie. Enfundado en una pesada armadura alimentada con energía de aéter, Thorki levantó sin esfuerzo a Grokmund con una mano mientras apuntaba a los jinetes con la pistola de salvas que empuñaba en la otra. Su disparo acertó de pleno en el rostro picudo de un hombre bestia que se disponía a atacar la endrina del acorazado. La criatura dejó caer el arco y se llevó las manos a la cara devastada antes de perderse en la distancia.

—Tengo que asumir mi responsabilidad —dijo Grokmund—. Ahora mismo, lo único que importa es proteger nuestro hallazgo.

Thorki negó con la cabeza.

—Lo que necesitamos es que te asegures de que es cierto que llevamos lo que creemos que llevamos y que garanticemos nuestros derechos sobre el hallazgo. —A pesar de las botas magnetizadas que calzaban ambos, los dos duardin notaron que el suelo temblaba bajo sus pies cuando las carabinas tiroaetéreo instaladas en el casco arrasaron a los atacantes con una ráfaga abrasadora. En torno a ellos, los atronadores Grundstok liquidaban enemigos con sus rifles y morteros para tratar de mantenerlos alejados de las cubiertas del acorazado—. Ve abajo —le dijo Thorki al aeterquímico.

Grokmund no se movió de donde estaba.

—Si la nave cae, eso dará igual de todos modos —repuso—. Prefiero morir luchando que escondido en la bodega.

Thorki tuvo que reconocer a su pesar que el aeterquímico tenía razón.

—Si mueres, mis fiadores me afeitarán la barba —el almirante se dio la vuelta, tambaleante, al mismo tiempo que bramaba órdenes a los artilleros del castillo de proa. Señaló con la pistola una bandada de bestias con cara de pájaro que se dirigían hacia la nave por estribor—. ¡Udri! ¡Abatidlos!

A la orden de Thorki, los artilleros giraron el cañón de salvas instalado en el tejado del castillo de proa y toda la nave dio una sacudida con la detonación del arma. La descarga explosiva impactó en el centro de la bandada y demonios y bestias se precipitaron desde el cielo hechos añicos. Los arcanautas corrieron a las regalas y liquidaron a los mutilados supervivientes con las pistolas.

—¡Estamos ganando! —gritó Grokmund. Al instante siguiente sintió un calor abrasador en la cara y un chorro de fuego de hechicería que lamió el costado de su nave evaporó sus ilusiones de victoria. La llamarada carbonizó a los arcanautas que habían estado dando el tiro de gracia a los hombres bestia heridos. Al fuego siguió un carro tirado por demonios esclavizados sobre el que iba, aparentemente surgido de su plataforma, una repugnante criatura fungiforme de cortos brazos que arrojaban llamas de fuego anaranjado. Un arcanauta que pasaba corriendo por delante de Grokmund recibió el impacto de las llamaradas y comenzó a agitar los brazos con frenesí mientras el fuego devoraba con avidez su armadura. Otro arcanauta intentó sofocar las llamas que consumían a su camarada, pero el fuego se propagó rápidamente por su guantelete y la pieza de metal comenzó a fundirse.

Grokmund echó a correr hacia los devastados arcanautas al mismo tiempo que hacía señas a Thorki para que se mantuviera atrás.

—¡Mantén a todo el mundo lejos! —advirtió al almirante.

Grokmund utilizó el anatomizador para absorber el aire en torno a él según se acercaba a los duardin en llamas. A pesar de que el fuego de demonio tenía poco que ver con el de origen natural, como este, no podía mantenerse en unas condiciones de vacío, y en un abrir y cerrar de ojos, las espantosas llamas se extinguieron. El arcanauta del guantelete fundido se tambaleó, aturdido por los efectos del anatomizador, mientras que su compañero ya era poco más que una mancha negra en la cubierta de la embarcación.

El duardin herido se arrancó el guantelete destrozado de la mano y flexionó los dedos para asegurarse de que aún podía sostener un arma antes de volver a empuñar la pistola.

—Grandes riquezas obtengas, maestro Grokmund —le deseó el arcanauta al aeterquímico para agradecerle su intervención, con la voz distorsionada por la máscara de respiración acoplada al yelmo. Escrutó el cielo con los ojos entornados—. Pagaría diez veces mi peso en oro por que esa escoria asesina se me pusiera a tiro.

—Echaré un vistazo, a ver si la encuentro —dijo Grokmund. La serie de lentes de aumento que llevaba en el yelmo incrementaba las probabilidades de éxito en la tarea. El discordante dibujo de manchas e imperfecciones que plagaban el tronco de la criatura fungiforme que los había rociado con fuego bastaba para identificarlo sin error. Grokmund lo divisó arremetiendo contra una de las fragatas, de nuevo arrojando sus llamas sobre la cubierta y hostigando a los tripulantes. La fragata, terriblemente dañada y con la tripulación diezmada por el prolongado ataque, poco pudo hacer para repeler al monstruo, que asestó otro ataque. Sin embargo, el carro renunció a aprovechar la ventaja y a infligir una derrota inapelable a su oponente. En cambio se alejó rápidamente para atacar una cañonera y luego viró para emprenderla con otra fragata.

Una sospecha comenzó a tomar forma en el estómago de Grokmund, que giró en redondo para ponerse de frente a Thorki.

—Esa escoria del Caos trama algo —declaró. Fijó la vista en una bestia con cabeza de pájaro que estaba disparando radiantes flechas a las naves. Grokmund vio que pasaba de largo de una fragata y luego descendía en picado para aparecer ante la *Rompetormentas*. Una flecha impactó en el casco y a continuación la criatura giró y se alejó en busca de otro objetivo—. No insisten en los ataques —agregó Grokmund. Señaló fugazmente la fragata que casi se había quedado ya sin tripulación—. No aprovechan las ventajas que obtienen.

—Los diablos celestes se roen los huesos —masculló Thorki. Se llevó un catalejo al ojo y observó que los enemigos hacían gala de una coordinación que no les había creído capaces de conseguir—. Tienen alguna clase de plan en mente. Están mermando nuestras fuerzas con un propósito claro.

Un feroz grito de guerra atrajo la atención de los dos duardin. Grokmund retrocedió justo a tiempo de esquivar un adepto que se abatía sobre él subido a un disco demoníaco. El jinete le lanzó una acometida con una mellada hoja con el filo de sierra y le hendió el acero azul verdoso de la hombrera. El impacto hizo dar un tambaleante paso atrás a Grokmund, pero antes de que el humano enmascarado pudiera asestarle otro

golpe, el duardin levantó su anatomizador atmosférico y apretó la runa de activación. Esta vez, en lugar de absorber el aire, la máquina expulsó una nube de gas virulento. El adepto alzó el pesado escudo para bloquear el chorro de aéter tóxico, pero el gas superó el arma defensiva por los bordes y el hombre comenzó a chillar en cuanto le alcanzó la cara; cayó a la cubierta del acorazado desde su montura retorciéndose de dolor. El disco demoníaco se alejó, indiferente al destino de su jinete.

Thorki disparó su pistola de salvas contra otro adepto para impedir que ayudara a su maltrecho compañero y las balas acribillaron a la montura demoníaca cuando el jinete la hizo empinarse para absorber los disparos. El hombre saltó luego de ella y atacó al almirante con una hoja mellada.

Grokmund enfiló hacia el enemigo que había tirado a la cubierta de la nave mientras desenganchaba el pesado martillo del cinturón de herramientas. El hombre se arañaba el rostro con las manos intentando quitarse la máscara con pico que se lo cubría, y lo consiguió justo a tiempo para ver caer sobre su cabeza el martillo de Grokmund. El descomunal impacto hizo caer de nuevo al hombre sobre la cubierta. Del martillo del aeterquímico goteaba una masa de sesos y huesos. Ante la mirada asombrada de Grokmund, el cadáver comenzó a moverse y a retorcerse mientras se marchitaba y se consumía. El guerrero había sido un hombre fornido y en excelente forma, pero el cadáver que yacía a los pies del duardin era el de un anciano arrugado y demacrado. Solo el sinuoso tatuaje que le cruzaba el torso confirmaba que se trataba del mismo oponente. Grokmund apoyó el dedo pulgar en el rostro del reverenciado antepasado que llevaba repujado en el cinturón de acero y le apretó la frente. Aquella repulsiva demostración de hechicería resultaba perturbadora incluso para un aeterquímico.

Grokmund dio la espalda a su víctima y vio que Thorki estaba despachando a su propio adversario. El almirante envolvió el cuello del adepto con su mano enguantada y con un apretón brutal le estrujó la garganta. Luego arrojó a la cubierta el cuerpo y se dio la vuelta.

—Parece ser que se confirma nuestra sospecha y que se han cansado de su estrategia —dijo Thorki. El almirante corrió hacia el castillo de proa gritando órdenes a Udri y los artilleros—. ¡Disparad hacia dondequiera que se congreguen! ¡Acabad con su moral!

Los hombres que habían atacado a Grokmund y a Thorki no estaban solos, sino que formaban parte de una nueva oleada de enemigos que

arremetía con una ferocidad incrementada. Ahora el enemigo no se conformaba con lanzar el ataque y alejarse como antes, sino que insistía en acosar a sus objetivos. Las cañoneras caían a plomo del cielo con demonios con aspecto de sanguijuelas pegados a las endrinas y abriendo brechas en conductos y depósitos de combustible, de las que escapaban chorros de aéter. Las penetrantes flechas de los hombres bestia no paraban de derribar aparejadores celestes. La proa de una fragata estalló en llamas cuando tres carros concentraron sus ataques en ella y los jinetes fungiformes la acribillaron con una descarga tras otra de misteriosas e inquietantes llamas.

Grokmund se defendió de la embestida de un hombre bestia y consiguió partir una de las antenas con aspecto de cabo del disco que montaba en el mismo momento en el que la criatura se retiraba. Vio que los aparejadores de endrina sobrevolaban el acorazado tratando de mantener lejos a los atacantes de la endrina que había suspendida sobre la cubierta; iban de un lado a otro defendiendo la embarcación con las herramientas que utilizaban para repararla.

El capitán del acorazado también estaba haciendo todo lo que podía para proteger la nave. La *Rompetormentas* se deslizaba a máxima velocidad desde el comienzo del ataque con la esperanza de dejar atrás al enemigo, pero un misterioso viento de proa que había comenzado a soplar de repente entorpecía sus esfuerzos de huida. Tras comprender que el ataque seguía una estrategia, Grokmund se preguntó ahora sobre ese viento tenaz, puesto que, en su intento de escapar del ataque, la flota había maniobrado para seguir el rumbo que ofrecía menos resistencia.

Hasta hacía poco, los esclavos del Caos se habían contentado con hostigar las naves, pero ahora insistían en sus ataques con una malevolencia desatada. ¿Por qué?, se preguntó Grokmund. No tenía sentido a menos que el enemigo estuviera interesado en obligarlos a seguir un rumbo concreto para conducirlos hasta un lugar donde querían tener a los Kharadron. Le vino a la mente la nauseabunda imagen de unos murciélagos destripadores conduciendo a la presa hasta los expectantes colmillos de sus colonias.

Grokmund dio la espalda a la refriega que estaba desarrollándose en el lado de babor del acorazado y corrió hacia el castillo de proa para alertar a Thorki del peligro que corrían.

—¡Nos llevan a un campo de exterminio! —gritó al almirante.

Thorki había comenzado a subir por la escalera del castillo de proa cuando oyó los gritos de Grokmund. Se volvió hacia él con una expresión de desconcierto en el rostro.

—¡Intentan empujarnos hacia una trampa! —afirmó Grokmund—. ¡Por eso ahora insisten en los ataques!

—Podemos dejarlos atrás —aseveró Thorki—. Sería la mejor opción para reducir nuestro número de bajas.

Grokmund negó con la cabeza y sacudió el puño en el aire.

—¿Es que no lo ves? ¡Este viento infernal es fruto de su hechicería! Nos empuja hacia donde quieren llevarnos. Con sus ataques solo se aseguran de que nos mantenemos en el rumbo que ellos quieren.

Thorki se quedó parado en mitad de la escalera.

—Solo hay otra opción, que sería abrirnos paso a través de ellos. Pero eso nos causaría muchas bajas.

—Hay que poner en riesgo la vida de unos pocos para salvar la del resto —le aconsejó Grokmund—. Intentar salvar a todos podría conducir a la destrucción de toda la flota.

Thorki se volvió y paseó la mirada por las asediadas naves de su flota.

—Ya hemos perdido a muchos —dijo en un tono casi acusador.

—Si no consigo llevar mi caja a Barak-Urbaz, sus muertes habrán sido en vano —espetó Grokmund. Tenía que hacer ver a Thorki las proporciones del peligro que corrían. Únicamente el almirante tenía la autoridad para ordenar a la flota dar media vuelta antes de que fuera demasiado tarde.

Sin dar tiempo a Grokmund para insistir en su postura, una horrorosa figura descendió en picado hasta el castillo de proa. Era un hombre enorme, en armadura y con un yelmo alto coronado por unos cuernos ensortijados, con el rostro oculto por una turbia nube de humo. El demonio volador que montaba cerró las fauces alrededor de la cabeza de Udri, que estaba cargando el cañón de salvas, al mismo tiempo que el jinete le asestaba un tajo con la guja que blandía y el filo de color rojo chillón hendía armadura y huesos para dejar a sus pies el cadáver de otro artillero duardin.

El almirante Thorki subió de un salto el tramo de escalera que lo separaba de la parte superior del castillo de proa y salió disparado hacia el matarife del Caos. La pistola de salvas que empuñaba tronó y arrojó una ráfaga de disparos aetéricos al enemigo. Runas arcanas llamearon en el escudo que portaba su brutal oponente y cada sigilo rodeó una de las descargas del duardin y la extinguió por completo. El señor de la guerra levantó la guja y bloqueó el golpe del inmenso martillo de Thorki cuando este insistió en su ataque.

—¡Thorki! —gritó Grokmund mientras corría hacia la escalera. Pero antes de que pudiera ayudar al almirante, se topó con un adversario, un hombre devastado por espantosas mutaciones que se interpuso entre la escalera y él. Ataviado con una armadura que parecía fabricada con zafiros fundidos y malaquita triturada, el humano sacaba una cabeza a Grokmund. Un grotesco apéndice, hinchado y cubierto de plumas, le crecía en el cuello y apoyaba la cabeza en la superficie lisa del yelmo que cubría la de su huésped.

—El necio precipita su perdición —declaró el hombre.

A Grokmund le pareció que en lugar de percibir con el oído las palabras de su oponente, este se las había arrojado directamente al cerebro.

—Todo acaba llegando. Incluso la muerte —añadió el hechicero, levantando el nudoso báculo que sujetaba en la mano. La sarta de talismanes y amuletos encadenados a él repicó estruendosamente mientras el hechicero convocaba sus poderes.

Grokmund levantó su anatomizador con la idea de rociar al hechicero con aéter corrosivo antes de que pudiera atacarlo con su magia. Dependía de las cualidades paralizantes de su equipo alimentado con aéter para, por lo menos parcialmente, frustrar el conjuro que el brujo se disponía a lanzarle. No obstante, también en esto subestimó el equipamiento y la astucia del enemigo, pues el hechicero no dirigió su magia contra el aeterquímico, sino contra el suelo bajo sus pies. Una chispeante espiral de rayos se deslizó por la cubierta de la nave, serpenteando con una monstruosa vivacidad mientras se filtraba en la madera y en el hierro.

El violento torbellino de energía atravesó crepitando las tablas de madera y, antes de que Grokmund pudiera reaccionar, en el suelo que pisaba se abrió un amplio boquete que parecía unas fauces abiertas esperando engullir al duardin. Grokmund se precipitó por el agujero y se estrelló contra el suelo de la tenebrosa bodega que había abajo.

Lo último que vio fue al hechicero y su parásito mirándolo fijamente desde arriba.

Khoram desvió la mirada del aeterquímico caído y echó un vistazo al castillo de proa. Tamuzz seguía enzarzado en su duelo con el comandante duardin. Seguidores de ambos bandos se les habían unido. Tamuzz contaba con la ayuda de un par de tzaangors y de un acólito enmascarado, mientras que al lado del duardin luchaban lo que quedaba de los artilleros y otro tripulante armado con una pica.

El resto de la tripulación del acorazado estaba repeliendo el ataque de la unidad de Tamuzz. Grupos de adeptos orbitaban en torno a la nave, arrojando ardientes proyectiles de energía arcana a los duardin mientras los tzaangors lanzaban flechas crepitantes contra el casco acorazado y la cúpula reforzada, desde donde los centinelas continuaban disparándoles. Uno de los screamers demoníacos que Khoram había invocado para que los ayudaran en el ataque se esfumó cuando las armas de los duardin le hicieron jirones el cuerpo correoso, y solo quedaron de él unos sedimentos corrompidos. Las carabinas instaladas en el casco de la nave hicieron trizas un carro llameante y el flamígero que iba montado en él se convirtió de inmediato en una bola de fuego que los carbonizó a él y al arcano vehículo.

Khoram lanzó una mirada a la superficie que se extendía abajo. Se habían alejado muchos kilómetros de las colinas Baldío Sombrío y estaban adentrándose en un territorio de gargantas sinuosas y picos escabrosos. Distinguió las entradas de las cuevas y las osamentas de bestias antiquísimas en las rocas, con sus descarnadas garras alzadas al cielo. Las hierbas atrapadoras que se arrastraban por el suelo en busca de agua para sus raíces formaban extrañas combinaciones de colores y sombras que vibraban en la superficie. Uno de los cañones más profundos, una sima negra que escindía el paisaje, llamó la atención del hechicero.

—¡Allí! —exclamó Khoram—. ¡Ese es el lugar! —El homúnculo le susurró en el oído para reafirmarlo en su decisión—. Ya es suficiente. Hemos traído a los Kharadron a un sitio propicio para conseguir nuestro objetivo. —Su rostro mutado adquirió un rictus severo—. Es el momento de que Tamuzz interrumpa el ataque. —Al señor de la guerra no le gustaría, pero era lo suficientemente inteligente para aceptar las exigencias de la necesidad cuando se le expusieran con claridad.

El hechicero levantó el báculo y pronunció con los dientes apretados una retahíla de palabras blasfemas. En el castillo de proa se produjo una gran explosión que cegó a los combatientes de ambos bandos y los dispersó. Khoram aprovechó su ceguera para formular otro encantamiento dirigido al disco demonio que transportaba al señor de la guerra. La criatura abandonó rápidamente el escenario de la lucha y ascendió girando por el aire con su señor encima.

Khoram ordenó a su montura demoníaca que lo llevara hasta Tamuzz. Cuando llegó junto al señor de la guerra, este había recuperado la visión y estaba listo para reincorporarse a la refriega.

—Es suficiente —le dijo Khoram—. Los duardin están donde los queríamos.

Tamuzz señaló con la guja el castillo de proa y al almirante en armadura que estaba pasando por el acero a los guerreros que aún se enfrentaban con él.

—¡No podemos permitir que nos derroten! —repuso Tamuzz—. Quiero entregárselos como ofrenda al poderoso Tzeentch. Debemos regalar su último aliento a El Que Cambia las Cosas. —Miró a los ojos a Khoram y una risa burlona surgió del velo de humo—. Pagarán cara su osadía.

—Y lo harán —le aseguró Khoram—, pero de la manera que más nos convenga. No permitas que la victoria en una batalla te impida ver el desarrollo general de la guerra. —El hechicero señaló con un dedo que parecía un tentáculo la Esfera de Zobras que giraba ante él—. Serás recompensado generosamente si ganas, pero, si pierdes, no habrá clemencia contigo.

—Si perdemos —le corrigió Tamuzz. Aun así, Khoram había dejado clara su postura. El señor de la guerra miró ceñudo el acorazado. Arrancó el cuerno de marfil del cinturón y se lo acercó al rostro envuelto en humo. Tocó tres notas ululantes, un mensaje que todos los miembros de su unidad comprenderían y se apresurarían a obedecer. Los guerreros trabados en combate con los duardin abandonaron la lucha rápidamente, sin tener en cuenta lo expuestos que podían quedar mientras efectuaban la retirada. Los screamers y los carros demonio se desvanecieron lentamente a medida que se extinguían los encantamientos que los sustentaban en Chamon.

Una ovación atronadora, un jubiloso grito de victoria, se elevó desde las naves de los Kharadron. Los duardin pensaban que habían desbaratado el ataque y repelido al enemigo.

Tamuzz ordenó a su disco, ahora liberado del encantamiento del hechicero, que lo llevara de regreso a Baldío Sombrío.

—¡Encárgate de ellos, y hazlo rápido! —le gritó al hechicero cuando ya se alejaba—. ¡No dejes vivo a ninguno!

La última orden del señor de la guerra le arrancó una sonrisa a Khoram.

—De eso nada —susurró a su homúnculo—. No todos deben morir. La esfera ha mostrado que habrá un cúmulo de oportunidades para nosotros si uno de ellos sobrevive. —Siguió con la mirada a Tamuzz—. Conoce mi plan. ¿Acaso su ira le habrá hecho olvidar ese detalle?

El tretchlet confirmó la sospecha de Khoram con un gorjeo.

—Cree que va a engatusarme para que yo mismo frustre mi plan —agregó el hechicero—. Tamuzz trama algo. Ha mostrado más preocupación por el castigo del fracaso que entusiasmo por la recompensa del éxito. Espera encontrar un chivo expiatorio para justificar su fracaso. Una traición tan abyecta podría divertir al gran Tzeentch hasta el punto de que le perdone sus fracasos.

A Khoram no le gustó la vehemente muestra de conformidad que hizo su homúnculo a esta última afirmación. Era una posibilidad que lo obligaba a tomar precauciones. Con independencia de los juramentos de lealtad que ambos tuvieran en común, cada uno abrigaba sus propias ambiciones. No era fácil repartir la gloria.

El hechicero no tardó en quedarse solo en el cielo, pues el resto de la unidad se había replegado hacia Baldío Sombrío o dispersado Reino del Caos adentro. Solo quedaban con él los duardin. Los duardin y la criatura que los había seguido inexorablemente desde las alturas durante el transcurso de la batalla. Khoram sacó de la bolsa de pellejo de skaven donde guardaba su arcana parafernalia un trozo de espejo, un fragmento del legendario Laberinto de los Reflejos. Se miró en él y no fue su imagen la que vio reflejada, sino la de una criatura reptil que se deslizaba por el cielo batiendo unas alas correosas. El hechicero levantó el brazo y el tretchlet le royó la muñeca con los afilados colmillos. Un hilito de sangre brotó de la herida. A continuación colocó el brazo encima del espejo y dejó que una sola gota cayera sobre el cristal. Inmediatamente se esfumó la imagen del reptil volador.

Thorki contempló cómo se retiraban por el cielo las criaturas del Caos. Su tripulación lo celebró en torno a él. No tardarían en pensar en los camaradas que habían perdido y en los daños sufridos por las naves, pero ahora era el momento de disfrutar la victoria.

—¡Recargad el cañón! —ordenó a los artilleros supervivientes. Su mirada se posó fugazmente en el cuerpo decapitado de Udri. No era una muerte digna para un duardin, menos aún para un viejo veterano como su jefe de artilleros.

El almirante se acercó a la barandilla del castillo de proa y bramó órdenes a los arcanautas que estaban en la cubierta:

—¡Preparad las armas! ¡Podría ser una trampa! ¡Mantened los ojos bien abiertos! ¡Estad atentos!

Thorki buscó con la mirada a Grokmund. Le había perdido la pista durante la batalla y se le encogió el estómago al pensar que el aeterquímico pudiera contarse entre las bajas. Bajó rápidamente del castillo de proa y se puso a examinar los cadáveres.

—¿Has visto a Grokmund? —preguntó a Frekrin, su intendente, agarrándolo del brazo.

—No, almirante —respondió Frekrin.

A Thorki se le ocurrió una idea.

—Echa un vistazo en su camarote. Busca su caja. —Si los asaltantes no habían arrojado al aeterquímico por la borda, existía la posibilidad de que Grokmund hubiera bajado para comprobar el estado de su hallazgo.

El intendente bajó a todo correr para cumplir la orden.

—¡Arriba! ¡Arriba! —Desde la cúpula de observación situada en la endrina llegaron gritos frenéticos. Los aparejadores celestes se sumaron al coro de voces de alarma cuando alzaron la vista.

—Dioses del inframundo… —masculló Thorki mientras escrutaba el cielo.

Una figura colosal se formó como un banco de niebla en el firmamento, justo encima de la flota Kharadron. Era un reptil de dimensiones extraordinarias, el doble de largo que la *Rompetormentas*, con el cuerpo recubierto de lustrosas escamas de color azul y verde oscuro y con unas inmensas alas, de más de una docena de metros de longitud, que se extendían a cada lado de él desde unos hombros descomunales. Plegadas contra el pálido vientre se vislumbraban cuatro patas enormes que terminaban en unas garras que parecían hoces. Tenía una cola serpentina que se retorcía detrás de él y que culminaba en un puñado de púas ennegrecidas. Hileras dobles de púas, como si se trataran de una falange de lanceros, le recorrían el espinazo, unidas unas a otras por unas tirantes membranas. La bestia tenía una cabeza alargada y con cuernos, con la boca abarrotada de colmillos y ojos saltones y facetados. Su cuello era largo y sinuoso y se bifurcaba en su parte central; en el segundo ramal, más corto y grueso, había otra cabeza más pequeña.

—¡Un dragón! —gritó Thorki, y sus palabras viajaron por la nave como un trozo de hielo que resbalara por la cubierta. Se volvió de nuevo hacia el cañón de salvas—. ¡Recargad! ¡Recargad!

Los mermados artilleros intentaron actuar con la misma premura que transmitía el tono de voz de su almirante.

El resto de las naves estallaron en gritos de alarma, se bramaron órdenes por los tubos de comunicación para exigir más velocidad y maniobras

precipitadas. Una andanada de disparos, tiroaetéreos de los rifles, acertó en el reptil, pero los proyectiles chocaron infructuosamente en sus gruesas escamas. Los duardin trataban de apuntar hacia la criatura armas más pesadas mientras las naves que las transportaban maniobraban a toda prisa para colocarse en la mejor posición. Un arpón voló hacia el reptil y le atravesó la membrana del ala, y el cañón de una cañonera Grundstock tronó y su salva impactó en el vientre de la bestia.

El dragón, con un ensordecedor chillido de irritación, se lanzó en picado y hundió las garras en la cañonera que le acababa de disparar; desgarró la endrina y redujo a un amasijo informe el vehículo volador. La aplastada cañonera se precipitó hacia el suelo, dejando una estela de humo y de resplandeciente aéter que escapaba por el casco agujereado.

Thorki volvió a subir por la escalera que conducía al castillo de proa y ayudó a sus tripulantes a recargar el cañón de salvas.

—Apuntad al vientre —ordenó a los artilleros.

Los duardin apuntaron apresuradamente al dragón y dispararon. La descarga crepitó al impactar en las escamas del monstruo, pero con un resultado mejor que el que había obtenido la salva de la cañonera, ya que el dragón dejó escapar un alarido de dolor y de las heridas con aspecto de pústulas infligidas por el cañón comenzaron a salir humo y a gotear sangre. La bestia soltó un furibundo resoplido con los dientes apretados y se lanzó hacia el acorazado.

Los atronadores y los arcanautas que había en las cubiertas dispararon sus armas contra el dragón que se dirigía a su nave. Los aparejadores de endrina soltaron los cabos que los ataban al acorazado y remontaron el vuelo para acudir al encuentro de la monstruosa criatura. Los cañones taladradores y los arpones aéreos acribillaron la piel escamada, pero no lograron frenar su descenso. El dragón se quitó de en medio dos aparejadores de endrina de un brutal coletazo que hizo trizas sus aeterendrinas, y los duardin salieron disparados sin control por el aire. Un tercer aparejador de endrina quedó reducido a puré por las garras del monstruo, y el cadáver voló como una bala de vuelta al acorazado.

—¡Daos prisa! ¡Daos prisa! —gritó Thorki a los artilleros que estaban recargando el cañón de salvas. A cada segundo que pasaba crecía el número de duardin masacrados por el dragón; cada instante que pasaba estaba más cerca la destrucción total de la flota. Se volvió para echar un vistazo al descomunal reptil que se cernía sobre ellos y lo que vio se correspondió con sus peores temores.

La bestia miró con avidez a la *Rompetormentas* con sus dos cabezas mientras en sus gargantas se formaba un fuego cegador y arrojó las llamaradas hacia la nave. La endrina que sostenía el acorazado en el aire se estremeció y mangas y tubos estallaron al recibir el tremendo chorro de calor. El fuego consumió el puesto de vigilancia de la cúpula. Las llamas se propagaron por las cubiertas fundiendo piezas y cierres metálicos, derritiendo cabos y cables. Los arcanautas alcanzados por el fuego se consumieron instantáneamente y solo quedó de ellos una mancha negra en el suelo. Un puñado de atronadores que sobrevivieron al ataque apuntaron sus armas y con afán de venganza dispararon un par de salvas a la bestia.

El dragón soltó un rugido iracundo que desgarró el cielo como un trueno y culminó su descenso con una embestida a la endrina del acorazado. Apresó con las garras el voluminoso dispositivo, impasible al terrorífico calor provocado por su propio fuego, y le desgarró la cubierta metálica. Volvió las cabezas mientras Thorki giraba el cañón de voleas para apuntarlo con él.

—¡Le daremos a la endrina! —gritó uno de los artilleros cuando se percató de la intención de Thorki.

—También le daremos al dragón —repuso Thorki. No había alternativa. Si no disparaban, de todos modos la bestia haría que se estrellaran. Si lograban derribarla con ellos, por lo menos el resto de la flota se salvaría.

Las vacilaciones de los artilleros duraron poco, pero lo suficiente para que su enemigo pudiera reaccionar, y el dragón, gruñendo con los dientes apretados, soltó la destrozada endrina en la que estaba encaramado y se abalanzó sobre el castillo de proa. Machacó el cañón de voleas con su descomunal cuerpo y Thorki chilló de dolor cuando la bestia lo aplastó y le clavó las largas garras. Casi remilgadamente, el dragón arqueó el cuello para agachar su cabeza principal, agarró con la boca a un artillero duardin y lo levantó del suelo. La cabeza secundaria, envidiosa, lanzó un mordisco a las piernas del duardin que colgaban de las otras fauces y tiró de ellas para cobrarse su parte de la presa hasta que el desdichado duardin quedó partido en dos.

Los disparos de otras naves de la flota desviaron la atención del dragón de su sanguinolenta comida. Una nueva punzada de dolor recorrió a Thorki cuando el reptil volvió a elevarse en el aire y levantó de él su tremendo peso. Poca protección ante la enormidad del dragón había

podido proporcionarle la recia armadura que llevaba puesta, y a cambio de no acabar triturado, ahora tenía costillas partidas y huesos rotos. La sangre que manaba de su cuerpo maltrecho formaba un charco alrededor de él. Apenas podía mantener los ojos abiertos y oponer resistencia a las garras de la sepultura que tiraban de él mientras sentía cómo el calor abandonaba su cuerpo.

El almirante vio que algunos atronadores estaban intentando a la desesperada trepar a la endrina para repararla en la medida de lo posible. Mientras los duardin recogían cualquier cosa que les sirviera para improvisar una escalera, uno de los depósitos de la endrina explotó y expelió un chorro de gases aéter. Thorki oyó los gritos de terror de sus tripulantes cuando fue evidente la gravedad de la situación. La nave dio una sacudida que arrojó al maltrecho almirante a la cubierta de abajo.

Thorki aterrizó con los destrozados brazos y piernas enredados. Sintió que unas manos lo toqueteaban y giró la cabeza lo imprescindible para ver que Frekrin intentaba arrastrarlo con una mano y que en la otra agarraba la caja de Grokmund. La visión del preciado hallazgo del aeterquímico añadió una nota final de amargura al terrible tormento de Thorki.

—Es demasiado tarde —le dijo el almirante a Frekrin—. Está todo perdido.

Frekrin insistía en mover a Thorki.

—Aún hay esperanza, almirante. Si conseguimos…

Lo que quiera que el intendente fuera a decir nunca salió de su boca. El zozobrante acorazado dio otra sacudida que arrancó renovados alaridos de desesperación a los tripulantes que aún vivían. Frekrin cayó al suelo a pesar de que llevaba puestas las botas magnetizadas y Thorki vio cómo salía disparado por la cubierta y se precipitaba por un agujero que había en el suelo, cerca del castillo de proa. En un abrir y cerrar de ojos, el intendente había desparecido.

Como su nave, pensó reflexivamente el almirante. Los esfuerzos para reparar la endrina eran en balde. El final era inexorable.

—Está todo perdido —repitió. Sintió cómo se cerraba su sepultura en torno a él y el descenso del pulso en las venas.

Un último grito de pánico de su tripulación llegó hasta sus oídos.

La *Rompetormentas* se quedó sin recursos para mantenerse en el aire y cayó a plomo hacia el valle que se extendía abajo desde una altura de varios miles de metros.

Khoram contempló la destrucción del acorazado con una profunda satisfacción. Era como plantar una semilla de la que crecerían grandes cosas.

Desvió la mirada hacia el devastador dragón que surcaba el cielo haciendo añicos lo que quedaba de la flota. Una fragata que había sobrevivido al primer ataque ahora se precipitaba por el aire convertida en un despojo informe. El resto la seguirían enseguida. De todas formas, para Khoram no tenía ninguna trascendencia su destrucción. Lo único que le importaba era que el acorazado estaba donde él quería: el valle que le había mostrado la Esfera de Zobras; el campo que muy pronto produciría la cosecha que le reportaría la felicidad.